

PERGOLA

Lo barojiano

Andar para ver

Francisco Arias Solís

«Aquel contratista vasco viejo cuando yo era niño solía hablarme con pena de las ventas del camino, que en su tiempo y por sus obras estaban tan en olvido, que de algunas ni siquiera podía fijarse el sitio».

Pío Baroja

QUÉ es «lo barojiano»? «Lo barojiano» es un estilo y una sensibilidad. Es difícil hallar las notas que caracterizan esta sensibilidad del novelista por antonomasia de la generación del 98, pero indudablemente entran en ella tres ingredientes fundamentales: el anhelo de sinceridad, el afán de independencia y el gusto por la acción.

Sobre la sinceridad de Pío Baroja no hay mucho que decir. Es proverbial la sinceridad del novelista vasco, su afán por decir siempre la verdad, aunque molesta-se y aunque en definitiva le perjudicase a él más que a nadie; los exabruptos y despropósitos suelen tener base en este anhelo irrefragable de sinceridad.

El afán de independencia está en Baroja tan arraigado como su sinceridad. Esta independencia fue en definitiva la que le mantuvo realmente en inquebrantable soltería. «La cuestión es ser independiente —nos dice en la novela *La sensualidad perversa*—. Todo, menos convertirse en un animal doméstico».

«Yo soy libre, todo lo libre que puedo», dice Luis Murguía, el protagonista de la novela antes citada. Este afán de independencia y libertad, que impidió siempre a Baroja enrolarse en ningún movimiento, ni afiliarse a un partido, ni adherirse a ninguna ideología, está íntimamente vinculado a la tercera característica antes señalada; el gusto por la acción, esa acción contemplativa que matiza su individualismo acercándole a una «indiferencia estoica», a la que llegó «parte del razonamiento y



Pío Baroja paseando (Aguafuerte de Ricardo Baroja, 1900)

parte por desprecio».

El gusto barojiano por la acción se expresa de forma muy gráfica en la metáfora del camino, que tanto gustaba de emplear el genial novelista. En *Las inquietudes de Santhi Andia*, ya Baroja considera que en la vida no hay fin, que éste es una ilusión y que lo importante es el camino, donde despreocupadamente tenemos «el placer de mirar a un lado y a otro de la ruta de ver como sale el sol y se pone el sol, cómo brotan las estrellas en el cielo de las noches serenas». Por eso, cuando Baroja

comienza la parte de sus *Memorias* dedicada a la infancia vuelve los ojos a la imagen del camino como expresión simbólica de lo que ha sido su vida. «Yo soy —nos dice— un hombre que ha salido de su casa por el camino, sin objeto, con la chaqueta al hombro, al amanecer, cuando los gallos lanzan al aire su cacareo estridente como un grito de guerra... Para entretener mi soledad, he ido cantando, silbando, tarareando canciones alegres y tristes, según el humor y el reflejo del ambiente de mi espíritu».

Baroja ha dado así, posiblemente sin darse cuenta, la interpretación más exacta de lo que son sus novelas en última instancia: momentos, cuadros, instantáneas, paisajes, trazados al pasar por el camino de camino de la vida. Baroja anda —chaqueta al brazo, paso de vagabundo, pluma en mano—, describe, retrata desde el camino lo que ve a su paso. Sus novelas son, en sentido estricto, *divagaciones* y, en múltiples ocasiones, *extravagancias*, es decir, cosas dichas o escritas al *vagar* de un sitio a otro. Baroja ha incorporado al mundo de los valores estéticos un nuevo «estilo» peculiar y originalísimo: el de «lo barojiano». Es un modo sereno, despreocupado, de enfrentarse con las cosas, que se halla a la mitad del camino entre el estoicismo y el desprecio. Más que una concepción del mundo «lo barojiano» es un modo de ver las cosas o, mejor dicho, un modo de hacerlas y de comportarse».

Con la producción barojiana podría construirse un magnífico retablo para el estudio de la realidad española, como puede desprenderse del hecho de que en las novelas de Baroja aparecen casi todos los acontecimientos públicos en España desde principios de siglo hasta la Segunda República. Y recordemos además que el gusto de los personajes de Baroja es la acción, es decir, puro movimiento, y si algo persigue con ello es el simple «andar para ver». De este modo, viene a propiciar la conjunción de acción y contemplación, tan característica del mundo barojiano.

Pío Baroja, amigo de lo pequeño, lo discreto, lo íntimo, «hombre humilde y errante», como se calificó a sí mismo, es el creador de un individualismo no impositivo, que vive y deja vivir, apto para todas las creaciones y todas las iniciativas cuya aspiración —como decía Luis Murguía, el de *La sensualidad perversa*— es «vivir decorosamente, hacer el menor daño a los demás y tener la mayor satisfacción posible. No he pretendido la gloria, ni el dinero, ni la importancia social. Vivir y contemplar. Ese ha sido mi ideal».

Marcel Proust y la poesía

A. Fernández-Molina

MARCEL PROUST (1871-1922), con Joyce y Kafka abrió los nuevos caminos por donde discurre la novela del siglo XX, en sus aspectos más creadores, más allá de las técnicas y de los problemas narrativos planteados y resueltos magistralmente por un Balzac y otros grandes novelistas, para entrar de lleno en zonas que antes solo estaban parcialmente exploradas. Cada día se hacen más evidentes las interrelaciones entre los que se han venido llamando géneros literarios y también su paulatina aproximación a la poesía que, por momentos, amplía más su campo de acción y la variedad de sus formas externas. Una parte muy significativa de la poesía de nuestro tiempo está en la prosa.

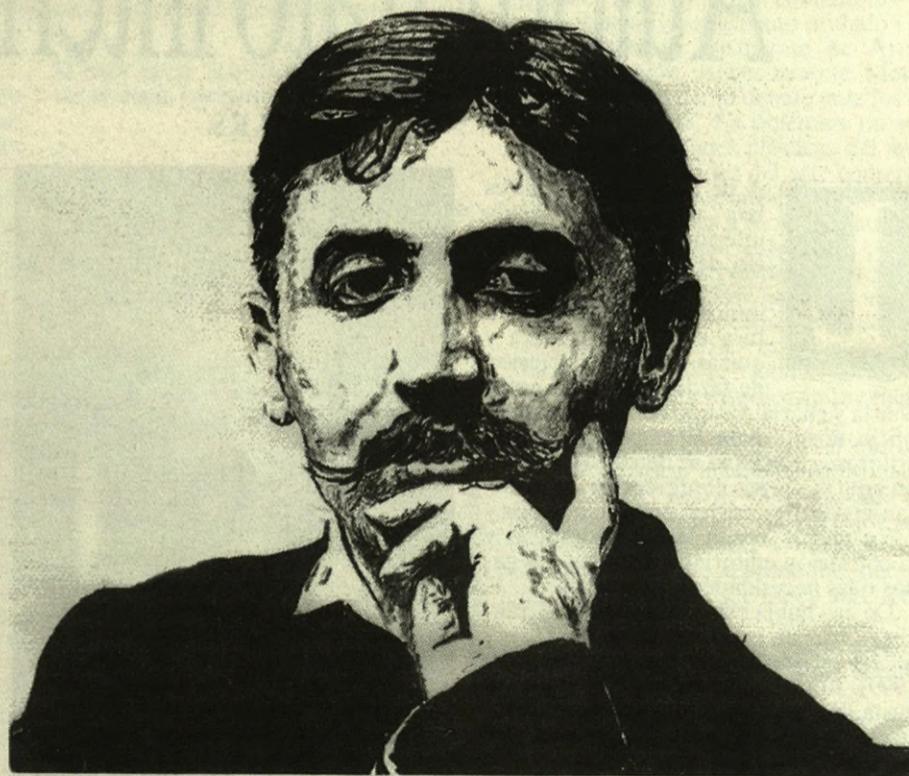
Es frecuente el caso de grandes novelistas que han tenido una época inicial casi exclusivamente dedicada a la poesía. Otros la han cultivado con varias alternativas durante toda su vida, con períodos más o menos largos de abstinencia. Nombres como los de Joyce, Faulkner, Lowry o Lawrence, están entre los más destacados. Pero, de manera fundamental, las dotes poéticas de cada uno, de acuerdo con su peculiar mentalidad, las incorporaron a sus narraciones. Tal es el caso de Marcel Proust quien también publicó po-

emas en su juventud.

El proceso de gestación de su genio dio su espléndido fruto en sus últimos años. Anteriormente, aunque llevaba una vida aparentemente banal, estaba acopiando experiencias que culminarían en la realización de «En busca del tiempo perdido». Mientras tanto discurría, en la vida del París de entonces, como un joven aficionado a la literatura que publicaba algunas colaboraciones pero de quien aún no se podía saber que alcanzaría la cima genial. De vez en cuando, escribía poemas y es previsible que hiciera bastantes más de los que han llegado hasta nosotros.

En 1896 publicó su libro de miscelánea «Los placeres y los días», donde recogió cuentos y poemas dedicados a músicos (Chopin, Fluck, Schumann, Mozart) y a pintores (Cuyp, Potters, Watteau, Van Dyck) que hablan de sus preferencias de aquellos años.

El poema dedicado a Chopin dice: «Chopin, mar de suspiros de sollozos y lágrimas/que un vuelo de mariposas atraviesa sin detenerse/danzando en las olas o meciéndose en la tristeza./Sueña, ama, sufre, grita, sosiega o mece./Siempre haces correr entre cada dolor/el olvido vertiginoso y dulce de cada capricho/como vuelan de flor en flor las mariposas;/tu tedio es entonces cómplice de tu alegría;/el ardor del torbellino aumenta la sed del llanto./Dulce y pálido camarada de la lu-



Dibujo Lide Bilbo Urkixo

na y las aguas./príncipe de la desesperación o gran señor traicionado/inundado por el sol en tu habitación de enfermo/que al verlo sufre y llora al sonreírle./¿Sonrisas de sentimiento y llanto de esperanza?».

En aquella época redactaba su novela autobiográfica «Jean Santeuil» y leía mucho. Algunos de sus novelistas preferidos eran Balzac, Dickens, George Eliot y

Thomas Hardy.

Pese a que su calidad de poeta no alcance a la de novelista no es de desdenar esta faceta situada dentro de su mundo y, sobre todo, contribuye a explicarnoslo.

Al leer sus versos, a pesar de sus relativas limitaciones, percibimos la sombra magistral de la poesía de Mallarmé que, de algún modo, también se alza por encima del universo de sus novelas.